

L

*es llueve
sobre mojado*

Jorge Durand (coordinador)



iteso



Academia Jalisciense
de Derechos Humanos

L *es llueve
sobre mojado*

Jorge Durand (*coordinador*)

Academia Jalisciense
de Derechos Humanos



iteso

© D.R. 1991. Instituto Tecnológico
y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO).
Departamento de Extensión Universitaria

Academia Jalisciense de Derechos Humanos

Fuego 1031, Jardines del Bosque,
Guadalajara, Jalisco, México, C.P. 44520.
Impreso y hecho en México.
Printed and made in Mexico

ISBN 968-6101-19-5

Les llueve sobre mojado recoge las ponencias y las intervenciones que se presentaron en el primer foro organizado por la Academia Jalisciense de Derechos Humanos, en diciembre de 1989, que se dedicó a analizar la situación de vejación y despojo que sufren los trabajadores mexicanos que migran allende la frontera norte, sobre todo cuando regresan a su patria, por parte de diversas autoridades nacionales. Las voces escuchadas en este foro, unidas a un verdadero clamor nacional para combatir esta forma tan irritante de extorsión y abuso de ciertas corporaciones oficiales, han logrado que, al fin, el gobierno mexicano adopte algunas medidas -como el programa *Paisano*- para tratar de erradicarlos.

Por desgracia, estas violaciones a los derechos y a la dignidad de los migrantes son endémicas y se encuentran tenazmente arraigadas al amparo de la corrupción de nuestro régimen político. Por ello la publicación de este material de denuncia no es en modo alguno extemporáneo. Mucho habrá que trabajar todavía para que nuestros compatriotas puedan retornar a su tierra con alegría y confianza y no, como hasta ahora, con un amargo sentimiento de temor y frustración.

Esta es la primera publicación de la Academia Jalisciense de Derechos Humanos con el generoso auspicio del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO).

La tesis central en que la Academia se funda es que las violaciones a los derechos humanos sólo se reducirán a un mínimo cuando cada persona tenga plena conciencia de ellos y cuente con los elementos y la disposición de ánimo necesarios para defenderse y rechazar o denunciar toda agresión. Han surgido, por fortuna,

muchas instituciones de defensa de los derechos fundamentales del hombre y se espera que surjan cada vez más, pero nunca serán suficientes para evitar los atentados que se producen en este campo. El primero y el mejor defensor de sus derechos debe ser cada quien. En este ámbito, más que en cualquier otro, el derecho sólo cobra eficacia cuando su titular está resuelto a hacerlo valer.

Por esto, la tarea fundamental de la Academia se dirige a la divulgación, concientización y capacitación en esta materia de los sectores sociales a los que pueda tener acceso. Por esta razón, la colaboración que nos presta el Instituto Mexicano para el Desarrollo Comunitario (IMDEC) en el campo educativo nos es de inapreciable valor.

Pero para que sea eficaz esta actividad es indispensable la investigación y el estudio, tanto desde el punto de vista doctrinal como desde el punto de vista social. En este último aspecto merecen particular atención aquellos núcleos de la población que son más vulnerables a estas violaciones como, para citar sólo dos ejemplos relevantes, los grupos indígenas y los reclusos.

La Academia no es, por tanto, solamente un instrumento de denuncia, ni menos aún se consagra a localizar culpables, sin que esto le impida, cuando lo considere necesario e incluso dentro de sus posibilidades, proporcionar asesoría a quienes la requieran por medio de su comisión jurídica.

En fin, la Academia quiere ser un organismo propositivo, que no sólo se dedique a la defensa de los derechos humanos, sino sobre todo a su promoción, para que, junto con todas las instituciones que trabajan en este campo, se pueda lograr algún día que la persona humana tenga la posibilidad de alcanzar su plenitud.

Les llueve sobre mojado ilustra muy bien el sentido de nuestro propósito.

Manuel Rodríguez Lapuente
PRESIDENTE DE LA ACADEMIA
JALISCIENSE DE DERECHOS HUMANOS

Indice

La extorsión a los trabajadores migrantes Jorge Durand	9
Conflictos migratorios en la frontera norte Víctor Clark- Alfaro	17
La defensa de los derechos humanos de los indocumentados Elliot Lee Grossman	37
Crónica de un retorno difícil Basilía Valenzuela y Basilio Verduzco	59
Testimonios	73
Todo se lo debo al norte <i>Testimonio de Alejandro Barragán</i> Víctor Espinoza Aguilar	75
Veinte años de ir y venir al norte <i>Testimonio de Gregorio Arrieta</i> Héctor Hernández Zavala	104

Testimonios

Todo se lo debo al norte

*Testimonio de
Alejandro Barragán**

Víctor Espinoza Aguilar**

* Alejandro Barragán participó en el Foro *Les llueve sobre mojado*, donde narró sus experiencias como trabajador migrante. Este trabajo recoge partes de su intervención, pero, sobre todo, se basa en dos largas entrevistas realizadas el 5 de noviembre de 1989 y el 1º de noviembre de 1990.

** Centro de Investigación en Ciencias Sociales,
Universidad de Guadalajara.

En Ario de Rayón, Michoacán, como en muchos otros pueblos del valle zamorano, los habitantes comparten la centenaria costumbre de ir a trabajar temporalmente a Estados Unidos, al grado que la mayoría de las familias de la localidad cuentan con algún miembro que trabaja o ha trabajado en el norte.

En este largo viaje fuera del pueblo a algunos les ha ido bien. Los que trabajaron muy duro y tuvieron suerte, han logrado construir una casa con lo que ganaron en el norte; otros, en cambio, reunieron apenas lo suficiente para los gastos de una boda o para saldar una deuda; también están los que han logrado poner un negocio familiar, comprar unas vacas, solventar los gastos de una siembra o simplemente soportar el resultado de una mala cosecha. Pero hay quienes regresaron peor de lo que se fueron: los que vendieron todo para irse a Estados Unidos y regresaron sin nada; peor aún, los que ni siquiera volvieron, los que dejaron su vida al cruzar la frontera, víctimas de la migra, de un policía mexicano, de un asaltante, de la picadura de un animal

venenoso o de la sed, al intentar cruzar el desierto sin conocer el camino.

Alejandro Barragán vive actualmente en Ario de Rayón, tiene 34 años de edad, le fue bien en el "otro lado". Todo lo que tiene, dice, "se lo debo al norte" o, más bien, al sudor que, durante años, dejó en los múltiples trabajos pesados y peligrosos que realizó en Estados Unidos.

Después de casi 17 años ininterrumpidos de vida y trabajo en el norte, Alejandro regresó a su pueblo a trabajar por su cuenta. Con el dinero que mandó durante ese tiempo a sus padres y con el que trajo de regreso, logró comprar 20 vacas lecheras y rentar 40 hectáreas de agostadero y seis de riego para sembrar la pastura de los animales.

Sus tres hijos nacieron en Chicago, Illinois, y su esposa lo acompañó durante casi toda su estancia en Estados Unidos. También ella trabajó para conseguir más pronto lo que hoy tienen: una casa, que construyeron poco a poco, rodeada de cuatro lotes en donde hay una huerta familiar con 30 árboles frutales.

Estados Unidos: un viejo recurso familiar

En la familia de Alejandro la costumbre de ir a trabajar a Estados Unidos la inició un tío abuelo de su padre, del que se dice fue el primero en llegar, desde Chicago, con un vehículo de motor al pueblo -una "troca de doble rodada"- al que tuvieron que abrirle camino entre los matorrales para que pudiera entrar a Ario de Rayón. Al poco tiempo, este señor se llevó a su hermano, es decir, al abuelo de Alejandro, quien años más tarde llegó a tener una cantina en Chicago.

En 1947, el abuelo regresó al pueblo y de vuelta a Estados Unidos se llevó al papá de Alejandro. Eran los tiempos de los contratos de braceros; éste, último se contrató varias veces para ir al norte. En 1956, su padre decidió llevarse a la familia a vivir a Tijuana y luego a Orange, California donde estaba contratado como jornalero. Finalmente, en 1960, regresaron a su tierra natal.

A pesar de esta tradición migratoria familiar, en la casa de Alejandro nunca se hablaba de Estados Unidos como una alternativa laboral. A su papá no le había ido bien como bracero y su abuelo había tenido que huir de Estados Unidos por un problema con la ley. Además, su madre nunca estuvo de acuerdo con que los hombres del pueblo, y mucho menos los de su casa, se fueran tan lejos a trabajar.

La necesidad pudo más que la costumbre

En la historia de Alejandro Barragán un acontecimiento influyó sensiblemente en su decisión personal de migrar a Estados Unidos. Es un recuerdo que ahora lo entristece, pero que durante muchos años le despertó el coraje suficiente para soportar las dificultades que enfrentan los miles de mexicanos que se van "pa'l otro lado".

Un día, cuando tenía apenas diez años, Alejandro salió de su casa a buscar a su mamá para que les diera de desayunar a él y a sus hermanos. Su madre había salido, temprano, como todas las mañanas, a conseguirles algo de comer, pero ese día se tardó más de lo acostumbrado. Alejandro la encontró haciendo el asco en casa de los Godínez, una de las familias más acomodadas del pueblo. Hasta ese día supo que su madre era criada y que todas las

mañanas acudía a limpiar casas. Supo también que mucha de la comida con que volvía eran sobras.

Más coraje sintió Alejandro cuando comprendió que su mamá tenía que trabajar porque su padre era un desobligado que pasaba buena parte del tiempo dedicado a beber.

Desde ese día, Alejandro se propuso trabajar muy duro para "salir de pobres" y para que su mamá no tuviera que trabajar. Tuvo que hacerlo pronto, pero no precisamente porque él se hubiera propuesto cumplir inmediatamente su promesa: a los 11 años su padre lo mandó a trabajar como jornalero agrícola y desde ese día no ha tenido descanso.

Después de dos años en los campos de fresa de las cercanías de Ario se fue a Zamora, la ciudad más próxima. Ahí estuvo como empleado en una cristalería y más tarde en una papelería. Trabajaba todo el día y ganaba muy poco, así que, después de otros dos años en Zamora, volvió a trabajar como jornalero agrícola durante seis meses. Su objetivo era reunir el dinero indispensable para irse a la ciudad de Guadalajara. Los amigos le habían dicho que en esa ciudad era más fácil conseguir un buen empleo para progresar y salir adelante.

Tenía 15 años de edad cuando llegó a la capital jalisciense a vivir en casa de unos tíos. Desde el primer día comenzó a buscar, en el periódico, algún empleo. A los pocos días consiguió trabajo como vendedor ambulante de cuadros con imágenes religiosas y más tarde de adornos florales. Se desmoralizó muy pronto, porque se dio cuenta de que así no iba a ganar ni para comprar los zapatos que gastaba.

Gracias al apoyo de sus tíos pudo buscar un mejor empleo. Un día encontró un anuncio en el que solicitaban voluntarios para la Fuerza Aérea Mexicana. Alejandro sintió

que eso era lo que necesitaba: el ejército le ofrecía un empleo estable, un salario de 44 pesos diarios, comida y un lugar donde vivir. Después de múltiples dificultades para conseguir el permiso notarial de sus padres, logró enrolarse.

Iba a cumplir 16 años, en 1971, cuando salió de Guadalajara rumbo a la ciudad de México junto con otros cien candidatos. Alejandro fue de los pocos que lograron pasar los exámenes y quedarse en la Fuerza Aérea. Le gustó mucho su nueva actividad y tenía el firme propósito de hacer carrera militar. Sin embargo, al cumplir seis meses en la escuela, un sargento, ayudado por otros internos, le apagó un cigarro en la palma de la mano. A raíz de este hecho Alejandro tuvo muchos problemas personales. Cuando ya no soportó el maltrato, desertó y volvió con su familia. En el autobús, camino a su pueblo, tomó la decisión de irse a trabajar a Estados Unidos.

De regreso en su pueblo empezó a trabajar muy duro como jornalero agrícola, pero ahora con el fin de reunir dinero para irse a Estados Unidos. En Ario había probado suerte en todo lo que estaba a su alcance para salir adelante y ayudar a la familia, nada le había resultado. Sabía que si se quedaba iba a seguir en las mismas condiciones: sin casa propia y siempre con dificultades económicas. A pesar de que para ese entonces trabajaban su padre y su hermano mayor, el dinero que entre todos ganaban no alcanzaba para mantener a la numerosa familia de doce miembros.

El día que le comunicó a su madre que se marchaba para el otro lado, ella, triste, le pidió que se esperara a cumplir 18 años y ser mayor de edad. Pero, al verlo decidido, lo acompañó con el sacerdote del pueblo a recibir la bendición. Frente a éste, su madre intentó convencerlo de que perma-

neciera en Ario: aunque reconocía que estaban pobres, le aseguraba que no le importaba vivir así, con tal de que no se fuera. El sacerdote le dijo a la señora que lo dejara ir -que lo "dejara volar"- y tuviera confianza en que volvería cuando sintiera la necesidad. Aun así, a ella no le fue fácil aceptarlo: era el primero de sus hijos que se iba a Estados Unidos.

En busca de los codiciados billetes verdes

Así, en abril de 1972, con 17 años y sólo 320 pesos en la bolsa -apenas lo suficiente para llegar a Tijuana- Alejandro se fue para intentar cruzar ilegalmente la frontera, sin ningún compañero de viaje y con una única referencia: el domicilio de una tía que vivía en Chicago de la que hacía años no se tenían noticias.

En Tijuana le quedaban unos cuantos pesos, ya había gastado 155 del boleto del autobús más los gastos de la alimentación.¹ El dinero apenas le alcanzaba para abordar un camión que lo llevara a un barrio de Tijuana llamado El Kilómetro 11: por pláticas en su pueblo, sabía que allí vivía gente de Ario.

Pero antes, como traía mucha hambre, se acercó a un puesto donde vendían pescuezos dorados de pollo; le dijo al dueño del negocio que venía del sur, sin dinero, con mucha hambre y le pidió que le regalara un taco.

Al atardecer llegó a El Kilómetro 11 y se dirigió a un billar. Alejandro sabía que la forma más sencilla de encontrar a alguien de Ario era en los lugares donde la gente se reúne. No estaba equivocado: en el billar platicó con personas de su

¹ Alejandro aún conserva el boleto de autobús de ese viaje, como recuerdo de un paso muy importante en su vida.

pueblo, éstas le informaron de un pariente suyo que vivía en Tijuana y de un lugar donde podía conseguir trabajo para "irla pasando" mientras encontraba quién lo ayudara a cruzar "la línea". Ese mismo día localizó a su pariente; éste le hizo saber que allí estaba un tío de Alejandro que se dedicaba al coyotaje. Le prometió que se lo mandaría al lugar de trabajo. Durante dos semanas Alejandro se dedicó a pizar legumbres. Dormía entre muchos trabajadores, en un cuartito que les prestaba el patrón. Por fin, llegó el tío, quien después de confirmar que era hijo de su primo Eusebio Barragán, le dio unos dólares porque lo vio muy amolado y le dijo que se preparara porque al día siguiente lo pasaría a Estados Unidos. Iba a llevarlo hasta Van Nuys, un suburbio al norte de la ciudad de Los Angeles, donde vivía un primo de Alejandro y había mucha gente de Ario. Le explicó que iba a cobrarle 100 dólares, la mitad de lo que cobraba cualquier coyote en ese tiempo, porque él tenía que gastar 75 dólares en pagarle al pollero que iba a cruzarlo al otro lado. Pero que no se preocupara, le dijo, porque ese dinero se lo podía pagar hasta que tuviera trabajo en Estados Unidos.

Y así fue. Al día siguiente en la mañana lo recogió junto con otros dos muchachos de Ario que iban a cruzar. Los acompañó con el pollero y les dijo que los recogería al otro lado de la frontera. Se reunieron dos grupos como de quince "pollos", cada uno con su respectivo pollero; al anochecer emprendieron el camino por el cerro, hacia el área de San Isidro, en California. Como a las diez de la noche bajaron por unas cañerías donde olía muy mal, después recorrieron un tramo de barranquitas hasta llegar a un terreno bastante plano, que cruzaron por parejas, corriendo a todo lo que

podían cuando el pollero les daba la señal. Alejandro cuidaba de no revolverse con los del otro pollero.

Al grupo de Alejandro lo llevaron a una casita donde poco después los recogió su tío, quien lo trasladó a otra casa en Escondido, California. Ahí tuvieron que permanecer escondidos porque había retenes de la migra muy cerca. La dueña de esa casa resultó ser pariente de Alejandro y le consiguió trabajo por un día en el jardín de una vecina. Allí fue donde Alejandro ganó sus primeros dólares, los codiciados billetes verdes.

A los dos días, volvió su tío y se llevó a cuatro de los miembros del grupo, Alejandro incluido. Los trasladó a Los Angeles, "todos enrollados", en la cajuela de su automóvil. Entregaron a uno de Ario en Nort Hollywood y averiguaron el domicilio de otro tío, también primo hermano del padre de Alejandro, que vivía en Van Nuys.

Cuando lo encontraron, su pariente le dijo que podía quedarse allí con ellos. En esa casa vivían 18 personas, todas de Ario, menos uno de otro lugar del estado, pero casado con una del pueblo. Durante los primeros días Alejandro hacía de comer y aseaba la casa, así pagaba su estancia.

Al poco tiempo, un amigo le consiguió un empleo de ayudante en una maquiladora de partes eléctricas de automóviles. Allí comenzó a adaptarse, no sin dificultades, a las condiciones de vida y trabajo de Estados Unidos. Fue donde experimentó por primera vez lo que era trabajar a ritmos muy intensos y ganar un salario por el que verdaderamente se sudaba, pero que rendía mucho más. La responsabilidad también era mayor, en México estaba protegido porque tenía una casa donde llegar todos los días. Entendió que en

Estados Unidos la vida iba a ser muy diferente y que no podía dejar de trabajar ni un solo día.

Tan difícil entrar como salir

A los cinco meses de estar en Van Nuys decidió regresar a México. Lo venció la nostalgia por los suyos y los deseos de ver a su novia. Había reunido el dinero para los gastos del viaje, para la estancia en el pueblo y para asegurar el retorno a Estados Unidos.

A pesar de que Alejandro volvía casi igual que como había llegado, es decir, con una mochilita con poca ropa, sus amigos más experimentados le indicaron que apartara una cantidad de dinero extra. Los agentes aduanales y de la migración mexicana no solían recibir bien a sus paisanos que volvían del norte, siempre encontraban la forma de quitarles algunos dólares aunque no llevaran nada de valor.

Dicho y hecho. En la primer garita aduanal lo detuvieron y pagó diez dólares para poder pasar lo poco que llevaba. En la garita de migración le pidieron un documento de identidad para comprobar que era un mexicano que regresaba al país. Alejandro les mostró su acta de nacimiento, pero no quedaron conformes porque querían un documento que tuviera fotografía. Les mostró entonces el único que traía: una credencial de la escuela donde había estudiado en Zamora, tampoco los convenció y le exigieron la cartilla del servicio militar. Como Alejandro no la tenía (es más, era desertor) tuvo que pagar otros diez dólares para que lo dejaran circular libremente en su país. Más adelante se topó con otra garita, no supo si era de aduana o migración, pero con los mismos argumentos "legales" le quitaron otros diez dólares.

El regreso le resultó más costoso de lo que había previsto. Pero no le dio mucha importancia al coraje y la indignación cada vez que abrió la cartera, porque lo consideró un ejemplo más de la consabida extorsión que practican en México los funcionarios públicos.

Sólo permaneció tres semanas en Ario de Rayón. Llegó a su pueblo sintiéndose un triunfador; visitó a su novia y se reintegró a su familia. Pero al enfrentarse a la realidad se dio cuenta que todo estaba igual, la situación que lo había obligado a irse seguía siendo la misma. Cuando se comparó con otros que llegaban del norte, sintió como si no hubiera ido a Estados Unidos: estaba igual que de costumbre.

En cuanto pudo regresó, esta vez con el firme propósito de no volver hasta que ganara el dinero suficiente para casarse y construir una casa para su madre. De nuevo su tío político lo ayudó a cruzar la frontera, esta vez sin tantas dificultades.

Volvió a la casa donde vivía en California y entró a trabajar en la misma compañía, allí aprendió a utilizar soldadura eléctrica. A los cuatro meses, empezó a trabajar en una fábrica de relojes de pared donde le pagaban más por hora. Ahí estuvo durante un año como obrero. Con los dólares que ahorró decidió irse en avión a Chicago a buscar a su tía. *Algunos amigos le habían comentado que allá se pagaba mejor.*

Viajó en enero de 1974, en pleno invierno, sin saber que en Chicago nevaba, sólo tenía la ropa que llevaba puesta. En el aeropuerto sintió tanto frío que revisó la cantidad de dinero que tenía para ver si podía regresarse. Como no era suficiente tomó un taxi que lo llevara al domicilio de su tía.

Después de muchas vueltas, el taxista le dijo que esa dirección no existía. A pesar de que Alejandro no pudo pagarle bien, el taxista lo llevó a un restaurante mexicano, donde acudían muchos michoacanos, para que pidiera ayuda. Alejandro corrió con suerte: el encargado conocía al esposo de la señora que buscaba, porque ambos formaban parte del mismo club. Un rato después sus familiares pasaron a recogerlo.

Apenas llegó a casa de su tía, Alejandro empezó a buscar empleo en diversas fábricas, pero le decían que no ocupaban gente y que le hablarían cuando contrataran personal. Desesperado, aceptó un trabajo en el campo reparando tuberías de riego. Tenía cuatro meses ahí cuando se enteró que contrataban gente en una fundidora.

Lo aceptaron y comenzó a trabajar como obrero. Era el trabajo más pesado y peligroso que tenía desde que había llegado a Estados Unidos. Era pesado porque laboraban en un lugar completamente cerrado, muy caliente, sumamente contaminado, con mucho polvo, fierro, humo y tierra en el aire. Era peligroso porque a pesar de tener equipo de seguridad, la mayoría de los trabajadores no lo utilizaba pues resultaba muy caluroso. Sin embargo, se sintió bien. Allí nunca lo maltrataron por ser mexicano y desde su punto de vista los patronos eran parejos con todos: negros, gringos o yugoeslavos. El trabajo era a destajo y asignaban las tareas sin importar la raza; la compañía sólo exigía producción.

Tenía dos años en la fundidora cuando una baja en la demanda del acero obligó a la compañía a recortar personal. En el lapso de tres meses se quedaron sin empleo más de mil trabajadores. De los mil 500 que había, la planta se

redujo a 300. Los fueron sacando según la antigüedad, hasta que le llegó su turno a Alejandro.

La situación laboral se puso difícil en Chicago y tuvo que irse a San Luis Missouri, junto con un hermano menor que trabajaba en la misma fundición.

Llegaron a la casa de un primo hermano, pero no pudieron quedarse allí porque éste vivía con otra familia. Pero, a cambio, los ayudó a rentar un departamento; a los dos días le consiguió trabajo a Alejandro en una fábrica de cables eléctricos.

Tenía cinco meses en esa empresa cuando su novia lo comenzó a presionar para que se casaran. Alejandro decidió volver a su pueblo y cumplir su compromiso. Había logrado ahorrar lo suficiente para la boda y además ya estaba construyendo una casita para su mamá con la ayuda de otros dos hermanos que trabajaban en Estados Unidos. Sus planes eran volver a Ario de Rayón, casarse y quedarse a trabajar un tiempo en Zamora.

La puerta de ingreso a México: extorsión, injusticia y agresión

Después de más de cuatro años fuera del país, en los que trabajó sin descanso, Alejandro volvía gustoso y como un triunfador; esta vez no regresaba con la manos vacías.

Volvía confiado, a pesar de que ya sabía, por experiencia propia, que al llegar a la frontera iba a ser una víctima más de la voracidad con que las autoridades menores y las policías le dan la "bienvenida" a los paisanos que vuelven al país después de una difícil temporada de trabajo en Estados Unidos.

Sin embargo, el regreso a México iba a resultar mucho más difícil que haber entrado como indocumentado en Estados Unidos. La época del año era muy mala: principios de diciembre, periodo en que miles de migrantes comienzan a regresar a sus hogares y las autoridades se preparan para quitarles dólares bajo cualquier pretexto en todos los puntos de acceso al país, en las terminales de autobuses, ferrocarriles, aeropuertos y carreteras, donde proliferan, desde la frontera hasta el mismo punto de llegada de los migrantes, los retenes policíacos que supuestamente velan por la seguridad de los mexicanos.

Alejandro salió de San Luis Missouri, en diciembre de 1976, en un autobús que lo llevó a Laredo, Texas; allí abordó otro camión que decía Guadalajara, pero que solamente cruzó la frontera. Había que pasar varias garitas para poder abordar el autobús a Guadalajara.

En la primera garita le revisaron las pocas cosas que traía: una maleta nueva con ropa, también nueva, para él y su futura esposa, una caja con un televisor usado y algunos efectos personales. No supo si el que lo revisó era un agente aduanal o no, pero resignado, le pagó 20 dólares para que no le quitaran el televisor. Lo que traía no llegaba a los 200 dólares, pero sabía que era inútil discutir.

El siguiente funcionario le aclaró desde el principio que era el encargado de asuntos migratorios y le pidió, ilegalmente, que mostrara algún documento que lo identificara como ciudadano mexicano. Esta vez Alejandro ya conocía el truco: si les enseñaba una cartilla militar, le pedían el pasaporte; si les mostraba el pasaporte, le pedían una "mica" de estancia en Estados Unidos... Este procedimiento podía registrar variantes hasta que se lograba el objetivo deseado:

cobrarle en dólares el libre acceso al país. Alejandro mostró los pocos papeles que tenía, ante la inconformidad del funcionario, le dijo directamente que andaba de "mojado" y que le iba a dar la misma cantidad que le acababan de quitar, así que le entregó otros 20 dólares.

Alejandro pensó que ya habían concluido los pagos, pero 20 metros adelante volvió a encontrar otra garita, tan sorpresiva que pensó que había caminado en círculo. Esta vez se indignó y protestó, pero de nada le sirvió porque le quitaron otros 40 dólares.

Estaba enojado todavía cuando llegaron a la terminal de autobuses en Saltillo, Coahuila; una persona que se presentó como "agente de la policía secreta" se subió a revisar el pasaje. Después registró el equipaje y llamó a los dueños de varias cajas, entre ellos a Alejandro. Al interrogar sobre el contenido de las cajas todos se arreglaban dándole algunos dólares.

Al final le tocó a Alejandro, éste le explicó lo que llevaba y le comentó que ya había pagado en la frontera, pero el "agente de la policía secreta" no le creyó y le dijo que sospechaba que llevaba armas. Alejandro lo invitó a que revisara su equipaje para que comprobara que no era así. El agente disminuyó entonces el tenor de la sospecha y sólo lo acusó de llevar tiros. Alejandro le insistió en que revisara la caja y que él lo ayudaba porque el chofer ya insistía en partir.

Ante la dificultad para quitarle dinero, el agente lo amenazó con no dejarlo ir y llevarlo a una inspección aduanal donde las cosas iban a ser peores. Alejandro se dio por vencido, sumamente molesto le dijo que le iba a dar la misma cantidad que le había entregado a cada uno de los

"pinches rateros" que lo habían parado en el camino, así que le ofreció un billete de 20 dólares. El agente le mostró una cartera repleta de billetes verdes y le respondió "indignado" que no le pedía ni un cinco.

Alejandro, muy enojado, levantó la voz para decirle que ese era dinero robado a los paisanos que venían del otro lado después de haber sudado para ganárselo. Cuando dijo esto la atención de los que los rodeaban estaba ya puesta en ellos; el supuesto agente enfureció y sorprendentemente, sin que Alejandro lo esperara, sacó una pistola, cortó cartucho y la puso en el pecho de Alejandro diciendo: "ahora si chingaste a tu madre, cabrón". El rostro del agente estaba pálido del coraje. Alejandro, muy asustado, trató de calmarlo: "espérese mi jefe, no se enoje, no vaya a disparar... entienda que uno viene ya todo cansado, nervioso y fregado porque en todo el camino le vienen quitando a uno lo poco que trae, no sea mala cabeza mi jefe, ya déjeme ir".

Los demás pasajeros del camión, que hasta ese momento sólo habían sido espectadores, le gritaron al agente que lo dejara subir porque ya se querían marchar. Ante la presión éste cedió, pero antes dio a Alejandro una despedida no muy cariñosa: "mira desgraciado, ningún cabrón me había dicho lo que tú, así que agarra tus cosas y lárgate a la chingada antes de que te mate".

Alejandro subió y el camión arrancó. Su compañero de asiento le dijo que había hecho muy mal en negarse a darle dinero y provocarlo porque esos agentes eran muy peligrosos, no andaban solos y en ocasiones dejaban que el camión partiera, pero ya en la carretera, con cualquier pretexto, lo paraban, bajaban a la persona a la fuerza y la hacían perderdiza. Esto puso a Alejandro más nervioso de lo que

estaba y no viajó tranquilo hasta que supo que estaban lejos de Saltillo.

Este fue el recibimiento que tuvo al cruzar la frontera. Las injusticias que le había tocado vivir en carne propia son parte del drama social que experimentan, año con año, los miles de mexicanos que regresan a su tierra, felices de volver a su patria y ver a su familia. Fue tal vez este gusto lo que hizo que Alejandro, como muchos, olvidara lo sucedido y sólo pensara en llegar pronto a su pueblo para, con el dinero arduamente ganado, realizar, hasta donde fuera posible, lo que había pensado: casarse y quedarse un tiempo a vivir entre los suyos.

Estados Unidos como la última esperanza

Sin embargo, le esperaban dificultades en su casa. Su hermano mayor tenía perforado uno de los pulmones a causa de la excesiva inhalación de cemento. En la ciudad de México le practicaron una operación de la que logró salir bien, pero Alejandro se gastó en un mes la mitad de los ahorros que traía para casarse y quedarse a trabajar en Ario.

Con todo, a los dos meses de haber llegado, se casó con una muchacha del vecino Ixtlán, que había conocido desde muy chico en Zamora y que lo había esperado durante años.

Pidió unos días de permiso en la procesadora de lámina donde trabajaba desde que había llegado y se fueron de viaje de bodas. Al regresar supo que el supervisor no había pasado la notificación de su permiso al jefe de personal y lo habían castigado con tres días por faltas injustificadas. Le reclamó al gerente y éste, además de no levantar el castigo, le advirtió que si volvía a suceder, se quedaba sin empleo. Alejandro le respondió que no tenía por qué aguantar injusticias en un

trabajo exigente y mal pagado, así que le rompió en la cara el aviso de suspensión.

Llegó a su casa muy enojado y le dijo a su esposa: "vieja, nos vamos para Estados Unidos, porque aquí ya no tengo fuente de trabajo". Le explicó que en el pueblo no tenían futuro, que si eso le pasaba en un trabajo estable, qué sería en uno inestable. Ante la negativa de su esposa, simplemente le replicó: "te vas o te quedas".

A comienzos de febrero de 1977, emprendieron el viaje a la frontera, sin más equipaje que una muda de ropa cada uno y el dinero que, tradicionalmente, se reuné el día de la boda. Para Alejandro la historia recomenzaba. De nuevo, como la primera vez, no sabía lo que le esperaba al cruzar la frontera. Con su esposa allí la responsabilidad era mayor y sin duda todo sería más difícil. Pero esta vez no estaría sólo y ya tenía más experiencia.

A las cinco de la tarde, del 7 de febrero de 1977, llegaron a la central camionera de Tijuana. Parecía un mercado, por todos lados se escuchaban las voces de los coyotes que ofrecían sus servicios a Los Angeles, Chicago, San Francisco.

Pronto se acercaron a preguntarles a dónde iban. Alejandro respondió que a Los Angeles, donde había dejado indicaciones para que le tuvieran el dinero para pagar el coyote. De hecho, antes de su partida hacia México, había dejado dinero con un primo en San Luis Missouri por si volvía a Estados Unidos. Desde Ario de Rayón le envió un telegrama en el que le pedía que mandara un giro telegráfico, por esa cantidad, a casa de otro primo que vivía al norte de Los Angeles.

El coyote, al ver que la esposa de Alejandro traía zapatos de tacón alto (eran los de su boda), prometió llevarlos por un lugar donde no era preciso caminar mucho. Los polleros se los llevaron en una camioneta y esa misma noche se pusieron en camino. Eran diez personas, incluyendo algunos niños.

Cruzaron por el cerro. Contrariamente a lo prometido, el camino resultó largo y difícil. Después de atravesar a la carrera el terreno parejo, llegaron a una zona de barranquitas con vegetación espinosa. Al poco tiempo la esposa de Alejandro se dio por vencida. Alejandro tuvo que llevarla casi cargada. Caminaron cerca de cinco horas hasta una casa abandonada donde iban a esperar al coyote. Ahí, sin nada para protegerse del intenso frío de febrero, pasaron lo que quedaba de la peor noche de su vida.

A las seis de la mañana del día siguiente apareció el coyote. Los subieron a una camioneta con caseta, los cubrieron con tablas y se los llevaron por Indio, una zona de barrancas y brechas polvorientas, rumbo a Los Angeles.

Cuando llegaron a Van Nuys supieron que el dinero no había llegado. El coyote, disgustado, acusó a Alejandro de engañarlo y lo amenazó con regresarlo a Tijuana. Alejandro telefoneó a San Luis y se enteró de que su primo ya no vivía en ese domicilio. Intentó entonces convencer al coyote y prometió buscar la manera de pagarle. El coyote lo insultó, los subió a la camioneta, cerró la caseta con llave y regresó a Tijuana. A los pocos minutos se detuvo en Compton, un suburbio al sur de Los Angeles, para cargar gasolina. Abrió la puerta, insultó de nuevo a Alejandro y les dijo que para vengarse los iba a bajar, no en Tijuana sino en San Clemen-

te, un lugar de paso de droga donde la migra era muy dura con los indocumentados.

Alejandro aprovechó un descuido, de una patada arrancó la puerta de la caseta, agarró a su esposa y ambos salieron huyendo a la carrera. Se refugiaron en el jardín de una casa, pero con el alboroto de los perros salió la dueña. Alejandro, con el poco inglés que sabía, trató de explicarle que unos hombres los querían golpear y que esperara un poco; la gringa les exigió que se fueran o llamaba a la policía. Salieron de inmediato porque Alejandro sabía que la policía, sin duda, los entregaría a la migra.

Después de reponerse del susto, Alejandro recordó que en esa área de Compton había gente de su pueblo que había conocido cuando vivió en Van Nuys. Buscó en el directorio telefónico pero no encontró nada, así que se pusieron a caminar; preguntando aquí y allá encontraron a la persona que buscaban, doña Lupe Herrera, una amiga de la familia. Era conserje en el edificio donde vivía, así que les prestó un departamento desocupado.

Alejandro telefoneó a la última compañía donde había trabajado en San Luis, Missouri. Le plantó la situación a su ex-patrón y le pidió ayuda. El norteamericano accedió, le pidió la dirección para mandarle los boletos de avión con un empleado de la distribuidora que tenía en Los Angeles. Alejandro no le creyó.

Sin embargo, al día siguiente, apareció un gringo bien vestido que le entregó los pasajes de avión. Incluso los llevó en automóvil al aeropuerto, los invitó a comer y los trató con una amabilidad poco usual en un norteamericano hacia un "mojado".

Las sorpresas no terminaron ahí. Cuando Alejandro y su esposa bajaron del avión, otra persona los estaba esperando. Era uno de los agentes de ventas de la compañía, un chicano que los reconoció de inmediato porque eran los únicos mexicanos en ese vuelo.

El chicano los llevó a su casa donde se quedó la esposa de Alejandro. Ellos se fueron a la fábrica. El chicano iba a trabajar y Alejandro fue a agradecer y a ponerse a las órdenes del norteamericano. A partir de ese momento volvió a trabajar en la manufactura de cables eléctricos.

A los 22 días el patrón le ofreció un puesto de mayor-domo en su fábrica de Dallas, Texas. Alejandro le dijo que no podía: estaba huyendo de la migra y eso era como regresar a la boca del lobo. Le agradeció la oportunidad que le daba, le pagó lo que le debía y aprovechó un "raid" para irse a Chicago con su tía.

En cuanto se instalaron allí, Alejandro y su esposa consiguieron trabajo en una fábrica de vasos desechables. A su esposa la emplearon como empacadora y a Alejandro como chofer de montacargas.

Después de un año, Alejandro se cambió a la American Steel, la fundidora en la que había trabajado durante su estancia anterior. Su esposa, por su parte, trabajó cuatro años en la fábrica de vasos.

La nostalgia: enfermedad típica del migrante

Los dos primeros años de matrimonio y de vida en Estados Unidos les resultaron difíciles en términos económicos. Apenas pudieron, dejaron la casa de la tía de Alejandro, rentaron un departamento y compraron unos cuantos muebles.

Alejandro tenía tres años en la fundidora cuando la economía estadounidense entró en una grave recesión. Las industrias de Chicago comenzaron a despedir gente y Alejandro fue "descansado". Intentó infructuosamente conseguir otro empleo y optó por irse a San Luis, Missouri, donde un primo le aseguró que podía conseguirle empleo.

En San Luis encontraron un ambiente mucho más propicio para vivir: tenían muchos parientes y el invierno era menos duro. Allí se quedaron hasta que regresaron a México. Para ese momento la familia ya había crecido: tenían tres hijos, nacidos en Estados Unidos; no tendrían otro en los diez años siguientes porque los apuros económicos no se lo permitieron. Se habían propuesto, desde el principio, trabajar intensamente para construir una casa en México.

Alejandro fue contratado como obrero en una fábrica de plásticos. Duró sólo un año porque las condiciones laborales eran pésimas: nunca les proporcionaron el equipo de seguridad que necesitaban para manejar resinas y sustancias químicas. Alejandro tuvo compañeros de trabajo que sufrían de infecciones pulmonares frecuentes debido a los años que tenían de aspirar humos y vapores químicos. Además, los mexicanos recibían un trato discriminatorio que se percibía en la forma en que se dirigían a ellos y en las tareas que les asignaban, por lo regular las más sucias y peligrosas.

En este tiempo la madre de Alejandro les informó de la venta, a muy buen precio, de un terreno en el pueblo, y ellos, sin pensarlo dos veces, mandaron dinero para que les compraran cuatro lotes.

Después de un año en ese empleo, Alejandro ingresó como obrero a la misma industria textil donde laboraba su esposa como alineadora. Alejandro manejaba una cortadora

de tela, un trabajo poco pesado. Al principio requirió de mucha atención y cuidado porque era fácil rebanarse los dedos. Pero después "le agarró el modo" a la máquina y su tarea resultó sencilla, tanto que duró tres años en esa compañía.

En esa época el dinero que enviaban a Ario era para construir la casa en que actualmente viven. Esta se terminó en 1985.

Para fincar completamente la casa tuvieron que trabajar muy duro. En 1984, Alejandro llegó a desempeñar simultáneamente tres actividades para ahorrar lo más posible. Su trabajo en la fábrica textil comenzaba a las 6:45 de la mañana y terminaba a las 3:15 de la tarde. Después de comer y descansar un poco trabajaba como mesero en un restaurante hasta las 11:00 de la noche. Se dormía a las 12:00 de la noche para levantarse a las 5:00 de la mañana. Aparte de esta rutina de los días hábiles, los sábados en la tarde mataba un puerco del que hacía longaniza y carnitas para vender la mañana del domingo.

Durante esos años "forzó mucho el cuerpo", pero resistió lo más que pudo porque él y su esposa habían acordado regresar definitivamente a México apenas concluyeran su casa en Ario. Alejandro regresaría a Estados Unidos solamente en caso de alguna necesidad muy grande.

Sin embargo, cuando ya estaban por terminar la casa, Alejandro le propuso a su esposa prolongar la estancia, reunir una cantidad de dinero suficiente para comprar vacas y, de ese modo, contar con un patrimonio que les permitiera vivir en el pueblo. A él siempre le había gustado la ganadería, recordaba que, cuando niño, su abuelo le había dicho que donde había animales habría siempre qué comer.

Para alcanzar esta nueva meta, Alejandro tuvo que seguir trabajando con el mismo ritmo. Pero el cansancio y la obsesión de imaginarse en México -en su casa al cuidado de sus animales- le quebró la salud, al grado de estar hospitalizado durante tres días.

Alejandro se había enfermado de "nostalgia", este era el único diagnóstico que aceptaba. Durante más de 15 años en Estados Unidos, no hubo día que no recordara y añorara algo de México, de la vida en su pueblo. Hasta en los momentos más reconfortantes en ese país ajeno cargaba esa extraña nostalgia por lo suyo. Su vida en Estados Unidos era como una pesadilla, apenas soportable porque tenía la esperanza de un final agradable.

Este final lo pudo realizar a una edad temprana: volvió a México a los 34 años de edad, con el firme propósito de salir adelante en su pueblo sin necesidad de volver a trabajar en Estados Unidos.

"En México estamos más pobres pero somos más libres"

Cuando recuperó la salud ya no trabajó de mesero, poco después dejó la elaboración de chorizo y más tarde se salió de la industria textil para trabajar en una fábrica de máquinas para despachar refrescos con monedas. Trabajó de troquelador durante varios años hasta que llegó, por fin, el momento de regresar a México.

Con el apoyo de Alejandro todos sus hermanos se habían ido a Estados Unidos: él les prestaba para el viaje y les ayudaba a conseguir trabajo. Entre todos habían terminado de construir la casa de sus padres en Ario y habían cooperado para que se fueran a Estados Unidos su mamá y sus tres hermanos más pequeños. En esa ocasión reunieron 3 mil

dólares para los gastos del viaje: el camión hasta la frontera, los mil dólares del coyote por cruzar a cuatro personas y, por último, el pago del avión hasta San Luis. El padre de Alejandro quería irse a San Luis Missouri a reunirse con toda la familia que había emigrado, insistía en que no podía cuidar las vacas que había comprado con el dinero de Alejandro.

Su padre se fue, finalmente, al norte y las vacas quedaron al cuidado de un tío de Alejandro, al que le pidió que tratara la renta de algunas tierras de pastura. La ausencia del padre frente de las propiedades de Alejandro aceleró el esperado regreso al pueblo.

Decidieron regresar a México en agosto de 1989, para alcanzar a inscribir a sus hijos en la escuela. Alejandro compró una camioneta con caseta, donde metió los enseres domésticos: televisor, estufa, refrigerador, colchón y ropa, y emprendieron el retorno.

Al salir de San Luis, Alejandro sintió un miedo espantoso, era la misma sensación que había experimentado años antes al irse a Estados Unidos con su esposa. Pero esta vez otras preocupaciones se lo provocaban: se preguntaba si les gustaría México a sus hijos, si iban a sufrir más que en Estados Unidos por las enfermedades o la alimentación; si se adaptaría de nuevo su esposa a la vida del pueblo, ella había estado renuente a irse al norte pero ahora había puesto "peros" para regresarse a Ario de Rayón y, ¿si el negocio de las vacas no funcionaba?

Pero en cuanto sintió que la frontera estaba cerca, le cambió el humor y el semblante: volvió a tener la sensación de gusto, la gran emoción y la intensa ansiedad de llegar pronto a su pueblo.

Hacía cuentas y resultaba que se había pasado 17 años de su vida fuera de México, en un país donde había dejado su juventud como esclavo del reloj de una fábrica, cuando en realidad lo que a él le gustaba eran los animales, el campo, la libertad que se respiraba en su pueblo. Por eso, le daba coraje cuando recordaba una ocasión en que un gringo le dijo que los mexicanos iban a quitarles su dinero para traérselo a México. Ellos no entendían las dificultades del migrante que va en busca de trabajo y que aguanta humillaciones, maltratos, explotación y discriminación.

También para la familia la vida había sido difícil. Para sus hijos Estados Unidos había sido un encierro permanente. Alejandro se sentía atemorizado, siempre con el pendiente de que lo detuviera la policía, la migración. A veces bastaba que un señor trajeado se dirigiera a él para ponerlo nervioso; con el tiempo había aprendido a serenarse; así, cuando la policía le pedía documentos, respondía con firmeza que era ciudadano norteamericano y que no podían exigirselos.

La proximidad de la frontera lo volvió a la realidad, se acordó de los funcionarios mexicanos de aduana y migración que lo esperaban para sacarle hasta los ojos. ¿Cómo iba a pasar la camioneta y sus cosas sin que lo dejaran en la ruina?

Entonces recordó que uno de sus tíos trabajaba en la aduana de Ciudad Juárez, Chihuahua y le habló por teléfono. El tío le ofreció ayuda para que le quitaran menos de lo acostumbrado, pero sólo en la garita donde él estaba. Así, tuvieron que desviarse unas 600 millas para eludir el paso por Laredo, Texas.

En la primera garita de Ciudad Juárez le preguntaron que a dónde iba con tantas cosas. Alejandro preguntó por su tío que, dijo, lo estaba esperando. Gracias a eso le pusieron

varios sellos de inspección y le cobraron sólo 25 dólares. Pero más adelante, de todos modos, tuvo que volver a pagar: primero 90 y después otros 25 dólares. Hizo cuentas y sintió que le había salido barato pues había apartado 500 dólares para los "gastos" del ingreso a México.

Desde que cruzaron la frontera los hijos de la pareja notaron la diferencia con Estados Unidos. Preguntaron por las casas de lodo y por los autos tan feos y viejos. Alejandro les dijo que iban a estar más pobres pero también más libres.

El regreso definitivo

Todo el viaje iba bien, hasta que una patrulla de tránsito los detuvo en Zacatecas. Los acusaban de haberse pasado un alto donde, Alejandro estaba seguro, no había ni semáforo. El agente, descaradamente, le pidió 20 dólares "para no entretenerlo". A Alejandro le dio risa y le ofreció cinco dólares. El agente, en una actitud más limosnera que amenazante, replicó: "y tú que piensas, que nosotros no comemos, si somos dos..." y señaló a su compañero de la patrulla. Alejandro le dio diez dólares y siguió su camino.

Así, en agosto de 1989, la familia Barragán regresó por fin a Ario de Rayón, con el firme propósito de trabajar en lo suyo, de hacer rendir lo que habían mandado y también lo que traían en efectivo, unos 6 mil dólares.

Desde que llegaron, Alejandro comenzó a mover el dinero. Le pidió a su abuelita que le rentara 35 hectáreas de agostadero durante un año por 3 millones de pesos; después alquiló seis hectáreas de tierra de riego durante un año por 5 millones de pesos y otras cinco de agostadero por 250 mil pesos durante una zafra. Compró más animales hasta reunir 20, de los cuales sólo 15 eran vacas de producción. Otra

*Veinte años de ir y
venir del norte*

*Testimonio de
Gregorio Arrieta**

Héctor Hernández Zavala**

* Don Gregorio Arrieta participó en el Foro *Les llueve sobre mojado*, donde aportó sus experiencias como trabajador migrante en Estados Unidos. Este texto retoma parte de su intervención y recoge información obtenida en una entrevista realizada con anterioridad.

** Centro de Investigaciones sobre Movimientos Sociales (CISMOS), Universidad de Guadalajara.

Don Gregorio Arrieta vive en el poblado alteño Unión de San Antonio, Jalisco. Trabaja en una tienda de abarrotes de su propiedad y tiene una larga e interesante historia que contar.

Desde 1927, año en que nació, ha estado ligado a su pueblo de origen, pero ha tenido que ausentarse temporalmente en múltiples ocasiones. A pesar de haber tenido una situación relativamente acomodada, trabajo estable en la oficina de correos y buena casa en el centro, a pocas cuerdas de la Iglesia, don Gregorio tuvo que salir a trabajar a Estados Unidos en 23 ocasiones.

Su familia numerosa -ocho hijos- y las pocas oportunidades económicas que le brindaba el pueblo lo obligaron a buscar trabajo fuera de la localidad. La elección no era fortuita: en la Unión hay una larga tradición migratoria que se inició desde comienzos de siglo. Algunos dicen que la sigla del nombre del pueblo USA tiene también relación con esta costumbre.

parte del dinero se usó para reparar la casa y lo que sobró se fue como ahorro al banco.

El regreso a México había comenzado muy bien. Al principio sus hijos decían que no les gustaba el pueblo y querían volver a Estados Unidos, con las semanas se acostumbraron; actualmente los hijos varones son los que primero se levantan para ir a dar de comer a las vacas. El más grande le ayuda a Alejandro a ordeñarlas, después, junto con otro de los niños se las llevan a pastar. Entretanto, Alejandro se va en la camioneta que trajo del norte a vender la leche a Zamora. Ahora, en los momentos más difíciles del trabajo, les ha preguntado si venden las vacas y se van a Estados Unidos y ellos aseguran que no.

La vida transcurría tranquila hasta que en un día de campo con familiares fueron asaltados. Se encontraban en un paraje, a un lado de la carretera, cerca de Carapan, cuando aparecieron seis individuos que parecían judiciales. Metralletas en mano los obligaron a entregarles los objetos de valor. Alejandro quiso resistir porque tenía casi 4 millones para su primer siembra, pero le pusieron una pistola 45 cerca del pecho y tuvo que darles su cartera, donde tenía la mica de ingreso legal a Estados Unidos que recibió a raíz de la ley Simpson-Rodino.

Lo sucedido le bajó un poco la moral, pero piensa que si trabaja duro puede reponerse: "Yo sé que todo es difícil en estos tiempos de crisis, es difícil en cualquier parte del mundo. Pero yo vengo con ganas de trabajar. Ya tengo mi casa, mis vacas y una base para dedicarme a sembrar la tierra que es lo que efectivamente deja. Con las vacas sale para ir la pasando pero las quiero para que mis hijos tengan en qué ocuparse. Si veo que hay manera de trabajar toda mi vida en

México, me quedo. Por si en una de malas necesito juntar más dinero, estoy arreglando mi residencia legal en Estados Unidos para irme a trabajar. Pero a vivir ya nunca me iría, porque aquí en mi casa soy peón, soy trabajador y soy patrón. Aquí puedo ser lo que yo quiera".

Dice que su próxima meta: "es como un sueño todavía, pero quiero trabajar duro y juntar dinero para comprarme una camioneta aquí en México, bonita. La quiero para trabajar pero también para ir un día de vacaciones a Estados Unidos, a visitar a mis familiares, a los amigos que dejé allá y a que mis hijos vean dónde nacieron, sólo por accidente, porque ellos se sienten mexicanos. Ir, así como muchos de Ario que vienen sólo de vacaciones, y que vean que en México también se puede progresar".

La familia de don Gregorio formaba parte del grupo compacto de familias que vivían en las calles aledañas a la plaza. Eran la élite del pueblo, los propietarios de tierras y comerciantes, los que reivindicaban su origen hispano. Como la mayoría de las familias alteñas, la de don Gregorio se vio comprometida en la guerra cristera (1926-1929); algunos de sus miembros tuvieron que huir. El camino que tomaron fue el del norte, hacia Estados Unidos, donde trabajaron por años y luego volvieron, con familia nacida en el otro lado y algunos ahorros. Su padre, pequeño agricultor y comerciante, murió cuando él tenía siete años de edad. No obstante, dejó un patrimonio familiar que le permitió a don Gregorio realizar sus estudios primarios en la escuela del pueblo y proseguir su formación, durante otros nueve años, como interno en el seminario diocesano de Guadalajara.

En 1952, al cumplir los 25 años, abandonó el seminario y retornó al pueblo. En la Unión lo esperaba la familia para encargarle el negocio familiar: la tienda de abarrotes. Al año siguiente entró a trabajar también en la oficina local del correo como auxiliar postal. Sus tiempos libres los dedicó a la política, colaboró, en el municipio, con el Partido Acción Nacional (PAN), que obviamente no estaba en el poder.

Su reencuentro con el pueblo le permitió incorporarse a otra actividad muy difundida en la localidad: la de trabajador migrante. En 1955, pudo arreglar sus papeles en el consulado americano, gracias a los contactos de algunos paisanos, con un "licenciado" que se dedicaba a sacar pasaportes y arreglar los trámites de la visa. Con algunas idas y venidas, papeles, constancias, cartas de ingresos y trabajo, el licenciado pudo conseguir los tan preciados documentos.

Al arreglar sus papeles don Gregorio había arreglado su futuro. Con la tarjeta verde -permiso de trabajo- todo sería más fácil, podría ir y venir sin dificultad, sin pagar coyotes. Así inició una carrera que duraría más de 20 años. En su trabajo pudo conseguir un permiso temporal y partió hacia el norte. El punto de destino ya estaba señalado, iría hacia Detroit, Michigan, donde vivían y trabajaban dos de sus hermanos. Consiguió trabajo en un hotel como ayudante de mesero durante seis meses. El trabajo era duro y mal pagado, pero se podía ahorrar, sobre todo mientras era soltero.

Antes de que terminara su licencia regresó al pueblo y se incorporó a sus labores en la oficina de correos. Así procedió en otras ocasiones, hasta que llegó la hora de casarse y sentar cabeza. Había ahorrado algo de dinero para la boda y para permanecer un tiempo en el pueblo.

Pronto llegaron los hijos y las necesidades crecieron con la familia. No le quedaba más alternativa que salir del pueblo para ir a trabajar temporalmente en Estados Unidos. Dada su experiencia decidió ir por otros rumbos. En esta ocasión tomó el camino de Nebraska, allí trabajó en la industria de la construcción, un oficio mejor pagado pero agotador. En la siguiente ocasión tomó el camino de Tijuana hacia Snelling, California, donde vivía y trabajaba otro hermano. Allí buscó empleo en los campos y se dedicó a la cosecha de brócoli. El trabajo en el "fild" era diferente. Las cuadrillas tenían que trabajar parejo y los mayordomos controlaban la situación increpando a los pizcadores para que realizarán con mayor rapidez y eficiencia su trabajo. Aunque se trabajara bien los mayordomos se encargaban de encontrar o inventar fallas para fastidiar y ofender a los trabajadores. La mayoría aguantaba las injusticias porque no tenía papeles, él en

cambio podía moverse con libertad y si no le gustaba un lugar se iba a buscar otro.

En ese tiempo le tocó presenciar una redada del Servicio de Inmigración. Estaba trabajando en un campo de fresa, cuando un compañero gritó: "¡ahí viene la migra!" Alcanzó a ver una avioneta que sobrevolaba el terreno, todos sus compañeros corrieron. Se quedó solo con otro. El campo quedó rodeado por camionetas del Servicio de Inmigración, los agentes empezaron a perseguir a los trabajadores, quienes desesperados, porque sabían lo que les había costado llegar, se aventaban a los canales o se metían al lodazal de los campos recién regados.

Cuando los agentes lograban detenerlos los pateaban por haber corrido y, como si fueran delincuentes, los metían a empujones a las camionetas. De los 70 trabajadores sólo quedaron libres don Gregorio y otro compañero que tenía documentación en regla. Muchos de los que se llevaron presos perdían sus cosas, sus jornales y a veces el fruto de todos sus ahorros. Un paisano suyo, que había sido apresado, logró entregarle las llaves de una camioneta que había comprado con mucho esfuerzo y así pudo recuperarla.

La situación de documentado le permitía a don Gregorio desempeñar otro tipo de actividades. En Oxnard, California fue contratado para hacer los informes del día de labores, luego se encargó del personal. El trabajo era mejor, pero había que solucionar muchos problemas. A los campos de trabajo llegaba gente con ganas de quitarles a los jornaleros los dólares que habían ganado durante la semana. Todos los fines de semana llegaban prostitutas, conducidas por "padrotes", que se encargaban de esquilmar a los braceros.

Pero, si no eran las prostitutas, era el juego y sobre todo la bebida la que perdía a muchos compañeros. Para poder ahorrar en ese ambiente se requiere de mucho esfuerzo y sobre todo de una firme convicción de querer volver a México, de ansiar el reencuentro con la familia y tener la aspiración de mejorar, aunque sea un poco, el nivel de vida. Por eso, muchos migrantes suelen mandar su dinero cada mes. Así lo hacía don Gregorio. Sin dinero en la bolsa no se podía gastar y menos despilfarrar.

En algunas ocasiones, al regresar al pueblo, se quedaba todo el año trabajando en el correo y en la tienda, pero el dinero no alcanzaba. La familia crecía y había que conseguir más recursos, los niños querían estudiar y seguir alguna profesión. La única forma era volver a viajar.

Durante el año 1967 no realizó ningún viaje a Estados Unidos. Pero tuvo que volver a salir en 1968. Esta vez fue a Salinas, California, a trabajar en un campo donde se cultivaba repollo. Ahí vivía en un corralón, donde todos los días, a las cinco de la mañana, se reunía la gente que intentaba conseguir trabajo. El, igual que todos, estaba a la expectativa, esperando la salida de los mayordomos, que en su mayoría eran "pochos". Estos se subían a una camioneta y desde ahí los escogían "como si fueran animales". Solo algunos lograban entrar, el resto, más de la mitad se quedaba sin trabajo.

Una vez que había sido seleccionado se tenía que organizar con otras personas para formar una cuadrilla de nueve trabajadores. Trabajaba en el corte del repollo. Su instrumento de trabajo era el machete. Con una mano cortaba la verdura y con la otra la recogía para echarla en una "trailer", que era jalada por un tractor. El trabajo era

duro, pues tenía que realizar el movimiento de cortar, levantar y depositar el repollo con rapidez, presionado por el mayordomo y el grupo de "raiteros" que le iba pisando los talones. Si alguien se atrasaba le mandaban un "raitero" para que lo ayudara y no se rezagara del grupo. Pero si esta situación se repetía dos o tres veces, se oía al mayordomo decir "váyase a la camioneta, no tiene caso que esté aquí". No había de otra si uno quería permanecer en Estados Unidos, había que aguantar el calor, el dolor en los músculos, soportar el cansancio y seguir adelante.

Para don Gregorio las idas al norte se convirtieron en rutina, igual que su trabajo en la oficina de correos de Unión de San Antonio, donde seguía ocupando el mismo puesto. De hecho las oportunidades de ascenso le fueron negadas como resultado de su participación política. Incluso lo llegaron a amenazar de muerte por su activismo en el PAN.

En 1969 empezó a trabajar en King City. Volvió al mismo lugar cada año, hasta 1978. Lo contrataban para la pizca del melón chino. Para conseguir el empleo tenía que ir al lugar donde asistían los mayordomos a buscar trabajadores. El lugar estaba lleno de gente que quería trabajar. Los mayordomos se subían a una camioneta y sólo elegían a algunos. Los mayordomos sabían que los michoacanos eran buenos para pizar y, con mucha frecuencia, escogían a los que traían sombrero de ese estado, pero ese elemento de la elección pasaba desapercibido para la mayoría de la gente. En una ocasión observó que un extranjero, que parecía filipino, se había dado cuenta de esto, porque durante un buen rato le insistió a un michoacano para que le vendiera su sombrero, hasta que consiguió comprárselo por el doble de su precio.

En el campo le daban un costal, que medía aproximadamente un metro con 30 centímetros, donde debía depositar el melón pizcado. Cuando se llenaba el costal tenía que correr detrás del camión, subir la rampa que éste llevaba en un costado y vaciar el melón. Todo tenía que ser rápido, para no retirarse mucho del lugar donde había dejado la pizca. Además tenía que hacer el trabajo con cuidado, pues atrás de ellos venían el mayordomo y los "raiteros", que revisaban que no se quedara ninguna fruta que ya estuviera buena para ser cosechada. Si alguno de los trabajadores dejaba fruta en el campo lo corrían, de todas maneras había mucha gente que quería el trabajo.

También trabajó en el desahije de la lechuga. Ese tipo de trabajo se realiza con un azadón pequeño, hay que inclinarse y caminar cruzando las piernas con el apoyo de la cadera. Tenía que sembrar las lechugas separadas una de otra por 14 pulgadas. No se podían dejar dos juntas, pues al crecer se deformarían y no servirían para el mercado. A lo pesado del trabajo se sumaba la presión de la supervisión del mayordomo y la velocidad. En esa ocasión, se enteró que el mayordomo les vendía marihuana a los sembradores para que éstos no resintieran los estragos del trabajo y obtener así más rendimiento.

En esos años, los que trabajó en King City, se enteró del caso de un patrón en Escalón, California llamado Noragui. Contrataba a trabajadores mexicanos indocumentados para sus campos de almendras, los obligaba a trabajar hasta tres semanas sin pagarles salario, para después denunciarlos a la "migra" y evitar el pago de salarios.

En 1973, cuando regresaba a Unión de San Antonio, tomó un camión en Tijuana que iba hacia Guadalajara. Junto con él venía un muchacho que iba a León, Guanajuato, a visitar a una tía. El muchacho tenía varios años viviendo en California y estaba entusiasmado por ver a sus parientes. Les llevaba una licuadora de regalo, que ya le había costado una "mordida" al pasar la frontera. Ya en el camión, cuando llegaron a la siguiente garita, a unos diez kilómetros de Tijuana, volvieron a extorsionarlo, en esta ocasión fueron los aduanales, quienes prácticamente le quitaron todo su dinero. Continuaron el viaje, pero al entrar al estado de San Luis Potosí otra vez se ensañaron con el muchacho. Tuvo que demostrarles que ya no traía dinero, pero eso no lo salvó de una golpiza. Llegaron a la capital del estado, ahí bajaron a desayunar. Don Gregorio estaba sentado junto con algunos paisanos suyos y vio al muchacho caminar muy desconsolado. Lo llamaron, le pidieron que se sentara con ellos y que tratara de olvidar lo que había sucedido. El muchacho les respondió que estaba angustiado porque ya no tenía dinero y que el pasaje que había comprado sólo cubría el trayecto hasta Lagos de Moreno. Entonces entre todos se cooperaron para ayudarle con algo de dinero.

Don Gregorio conocía muy bien estos problemas y tomaba sus precauciones. Como primera medida mandaba el dinero ahorrado con anterioridad por medio de giros telegráficos. En segundo término, antes de pasar la frontera, generalmente en San Isidro, cambiaba sus dólares a pesos; esto no evitaba la extorsión, pero si la disminuía pues las cuotas en dólares eran mucho mayores. Luego, al llegar a tierra mexicana, procuraba tomar inmediatamente el camión que lo conduciría a su destino, así reducía el tiempo que

quedaba expuesto a la voracidad de aduanales y judiciales. Por último, se preparaba anímicamente para soportar atropellos y vejaciones, porque sabía que a los respondones les iba peor.

Pese a todo, Don Gregorio se animó a traer, en 1975, una televisión; a sabiendas de que a un paisano le habían quitado la suya unos aduanales de Guadalajara. Don Gregorio sufrió entonces varias extorsiones: le quitaron 200 pesos al pasar la frontera, otra cantidad igual en la garita del kilómetro 14, en Caborca 150 y en Hermosillo -después de burlarse de él y decirle que "de todos modos en Guadalajara se la iban a recoger"- otros 100 pesos. Don Gregorio, gracias a este aviso, cambió de ruta, se fue a Tepic y de allí a Lagos de Moreno, para evitar el escollo que parecía más difícil.

De vuelta en el pueblo un grupo de paisanos le propuso que se lanzara de candidato a la presidencia municipal por el PAN. Aceptó y tuvo que quedarse un par de años dedicado a la política.

Sus últimos viajes fueron a Dallas, Texas, donde trabajó de mesero en un hotel. Por su experiencia, don Gregorio sabía que durante el regreso se presentaban muchos problemas y había optado por ya no traer nada de "el otro lado". Sin embargo, en el último viaje traía un par de camisas que había comprado de oferta en una tienda de Dallas. Salió de Laredo en un camión casi vacío; como era de esperarse lo detuvieron en una garita aduanal que estaba en el camino. El funcionario empezó a revisar el equipaje de los pasajeros y al abrir la maleta de don Gregorio vio las dos camisas nuevas. El aduanero lo obligó a bajar y le empezó a decir que estaba prohibido traer ese tipo de cosas, que tenía que pagar algo para poder seguir el viaje. Don Gregorio reclamó

pero decidió cortar la discusión: le dejó las dos camisas porque sabía que iban a convertirse en una molestia durante todo el viaje.

Ese fue su último viaje, no ha vuelto a Estados Unidos. El motivo principal para suspender sus idas y venidas fue la salud de su esposa, quien empezó a necesitar más cuidados. También consideró que ya habían sido muchos los viajes que había hecho.

Como fruto de su trabajo en Estados Unidos pudo comprar una casa y mejorar la tienda de abarrotes. Logró formar un patrimonio que le ha permitido gozar de una buena situación económica y sostener los estudios universitarios a sus hijos.

En 1985, Correos de México lo jubiló, actualmente se dedica a atender su negocio. También, junto con otras tres personas, participa en varios proyectos: una caja de ahorro popular para conceder préstamos a las familias más pobres del pueblo; la formación de una biblioteca y, la creación de un centro cultural dónde los jóvenes del pueblo tengan un lugar donde entretenerse y expresarse. Entre las primeras actividades del centro cultural se ha propuesto llevar a cabo un curso de inglés para los jóvenes que piensen ir a Estados Unidos. También han pensado en pláticas de orientación general para que los jóvenes tengan nociones generales de los problemas que los indocumentados sufren en México y Estados Unidos.

Para don Gregorio, la situación que vive el trabajador migrante ilegal es semejante a la de un huérfano, pues considera que son personas muy susceptibles a cualquier tipo de abuso, tanto cuando viajan y viven en Estados Unidos como cuando regresan a México.

Se pregunta por qué el gobierno no se conduce con el drama de los migrantes. Por qué tienen que irse los jóvenes a Estados Unidos para labrarse un porvenir. Y sobre todo, por qué se ensañan con los migrantes cuando vienen de regreso a su pueblo.

Mes llueve sobre mojado recoge las ponencias y las intervenciones que se presentaron en el primer foro organizado por la Academia Jalisciense de Derechos Humanos, en diciembre de 1989, dedicado a analizar la situación de vejación y despojo que sufren los trabajadores mexicanos que migran allende la frontera norte, sobre todo cuando regresan a su patria, por parte de diversas autoridades nacionales.

Por desgracia, estas violaciones a los derechos y a la dignidad de los migrantes son endémicas y se encuentran tenazmente arraigadas. Por ello la publicación de este material de denuncia no es en modo alguno extemporánea. Mucho habrá que trabajar todavía para que nuestros compatriotas puedan retornar a su tierra con alegría y confianza y no, como hasta ahora, con un amargo sentimiento de temor y frustración.

Ante esta realidad, la Academia Jalisciense de Derechos Humanos quiere llamar la atención de los ciudadanos sobre el problema y exigir que se ponga fin a la extorsión a los trabajadores migrantes, que se pongan en práctica apoyos jurídicos, que se reciban denuncias y conduzcan judicialmente los casos, y que se inicie la discusión nacional sobre la conveniencia de crear una procuraduría de defensa del trabajador migrante con la participación de miembros reconocidos de la sociedad civil.